

Pajtim Statovci
El corazón de Tirana

Traducido del finés por Laura Pascual

Alianza editorial

Título original: *Tiranan sydän*



Esta obra ha sido publicada con la ayuda de una subvención para la traducción de FILI – Finnish Literature Exchange

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía: © Jonne Räsänen

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Pajtim Statovci and Otava Publishing House, 2016

All rights reserved

© de la traducción: Laura Pascual Antón, 2021

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-499-0

Depósito legal: M. 21.601-2021

Printed in Spain

«A menudo los hechos amenazan la verdad».
Una historia de amor y oscuridad, AMOS OZ

La costilla de Dios
Roma, 1998

Cuando pienso en mi propia muerte, el momento del suceso siempre es similar. Llevo puesta una camisa de botones de color liso y pantalones de la misma tela fina, fáciles de poner, y la muerte llega con ligereza, como si descendiera por una cuesta de pendiente suave. Es temprano por la mañana y estoy contento; siento la misma satisfacción y serenidad que al tomar el primer bocado de mi comida favorita. Hay ciertas personas a mi alrededor; no las conozco aún, pero algún día lo haré. Y estoy en cierto sitio, tumbado sobre la cama de un hospital en mi propia habitación, sin nadie muriendo a mi lado. Ahí fuera, el día se pone lentamente en pie, como un anciano que ha sufrido una caída en su casa. Ciertas palabras salen de la boca de mis seres queridos; cierto tacto sobre mi mano y un beso en la mejilla me ofrecen esa sensación hogareña que he construido a mi alrededor a modo de santuario.

Entonces, uno a uno, mis órganos van sucumbiendo y las funciones corporales se detienen; el cerebro ya no me envía

órdenes, el flujo sanguíneo se interrumpe y el corazón se detiene, de forma despiadada e ineludible, y yo dejo de existir. Donde antes estaba mi cuerpo ahora sólo queda tejido cutáneo y, debajo, fluidos, huesos y órganos inútiles, además de la ropa que llevo puesta, tela que ya no se mueve al ritmo de mis funciones vitales.

Soy un hombre de veintidós años que, de vez en cuando, se comporta como la imagen que tengo de un hombre. Me llamo Anton o Adam o Gideon, lo que mejor me suene en el momento; soy francés o alemán o griego, pero nunca albano; camino de un modo determinado, como mi padre me ha enseñado a hacer, con pies planos y pasos amplios, consciente de la posición del pecho y de los hombros, y con las mandíbulas apretadas, como asegurándome de que nadie pise mi territorio. En esos casos, la mujer que hay en mí pasa el día ardiendo en la hoguera... Cuando estoy sentado en una cafetería o en un restaurante y el camarero me trae la cuenta y no se sorprende de que esté comiendo solo, la mujer arde; cuando encuentro algún fallo en la comida y la devuelvo a la cocina, o cuando voy a comprar a cualquier tienda y las vendedoras se acercan a mí, la mujer de mi interior vuelve a arder en llamas y se posiciona como una parte del continuo que surgió cuando nos contaron que la mujer salió de la costilla del hombre, no como hombre, sino como igual al hombre, a su lado izquierdo.

Otras veces soy una mujer de veintidós años que se comporta como una mujer que me resulta agradable —Amina o Anastasia, el nombre no tiene importancia— y me muevo del mismo modo en que he visto moverse a mi madre. Mientras camino, no toco el suelo con los talones ni respondo a los

hombres; me he embadurnado la cara con base de maquillaje y luego me la he empolvado, me he perfilado el contorno de los ojos y me he aplicado delineador, lápiz de cejas, sombra de ojos y máscara de pestañas; he ocultado los ojos tras unas lentillas azules para sentirme renacer. En esos casos, el hombre que hay en mí no arde en la hoguera, en absoluto, sino que me acompaña a dar un paseo por la ciudad: cuando voy al mismo restaurante y pido el mismo plato, del que tengo la misma queja, el camarero no se lo lleva de vuelta a la cocina, sino que me informa de que el punto de la carne es el que tiene que ser; cuando me trae la cuenta, sigue mis movimientos como si fuera menor de edad y observa cómo saco la cartera del bolso y extraigo la cantidad indicada; entonces desaparece hacia la cocina tras darme las gracias como de pasada. El hombre que hay en mí quiere ir detrás de él, pero, cuando observo mi aspecto, mi vestido negro de verano y mis manolequinas de color marrón oscuro, me doy cuenta de que no es un atuendo adecuado para una mujer, así que salgo del restaurante, a la calle, donde los hombres italianos gritan o silban a mi paso y, de vez en cuando, consiguen que el hombre que hay en mí los insulte con voz grave, lo que los hace silenciar y levantar las manos en el aire como si se enfrentaran a un rival digno de consideración.

Soy un hombre que no puede ser mujer, pero que, cuando quiere, puede parecerlo: ésa es mi mejor cualidad, ese juego de disfraces que puedo iniciar y terminar cuando mejor me convenga. A veces el juego empieza de tal forma que me pongo ropa neutra, como una capa sin forma, y salgo a la calle; en esos casos, la gente empieza a conjeturar. En el transporte público, en los restaurantes, en las cafeterías... , les molesta la falta de claridad, como si tuvieran una astilla clavada en la uña, y

se preguntan unos a otros o me preguntan a mí directamente: «¿Eres hombre o mujer?». Algunas veces respondo que soy hombre; otras veces, que soy mujer, y otras no respondo; en ocasiones les pregunto qué creen y ellos responden de buen grado, como si esto también fuera un juego para ellos; me construyen con mucho gusto y, cuando les doy una respuesta, vuelve a haber orden en el mundo. Puedo escoger lo que soy; puedo elegir mi género, mi nacionalidad, mi nombre y mi ciudad de nacimiento simplemente con abrir la boca. Nadie está obligado a ser la persona que ha nacido siendo, sino que cada uno puede construirse a sí mismo como un puzle.

En estos casos, cuando se viven innumerables vidas, es necesario prepararse para cubrir las mentiras habituales con otras nuevas y evitar así acabar atrapado en el temporal que se produce cuando te descubren. Creo que mis padres envejecieron prematuramente y murieron tan jóvenes debido a sus mentiras. Protegían su prestigio como una madre a un recién nacido y, casi con tácticas de guerra, se encargaban de no acabar expuestos a una luz desfavorable: no hubo mentira ni historia que no contaran sobre sí mismos para conservar lo más importante, para mantener las apariencias, para que su dignidad y su honor se mantuvieran intactos hasta la tumba. Durante toda mi infancia odié esa parte de ellos, tanto como la picazón de la piel quemada o la sensación paralizante del miedo, y juré que nunca sería como ellos, que no me importaría lo que los demás pensarán de mí ni invitaría a los vecinos a mi casa para poder darles de comer a pesar de no tener siquiera comida para mí. No sería albano bajo ningún concepto, sino otra persona, una cualquiera.

En los momentos más débiles, siento una pena quebrantadora, puesto que sé que no soy nada ni nadie para nadie y

eso me hace sentir como si estuviera muriendo. Si la muerte fuera un sentimiento, sería la invisibilidad, vivir con ropa que te queda mal, los pies oprimidos por los zapatos.

Algunas noches estiro los brazos hacia delante o los pongo en cruz y rezo, ya que en Roma todo el mundo reza y le pide a Dios que solucione sus asuntos más complicados. Es fácil aferrarse a eso y espero despertarme a la mañana siguiente en otra vida, a pesar de no creer en Dios. Creo, no obstante, que el deseo de las personas de tener cierto aspecto y ser de determinada manera influye tanto en la anchura de los hombros, el vello corporal y el tamaño de los pies como en la elección profesional y el talento. Lo demás siempre se puede estudiar, como unos andares nuevos o el lenguaje corporal; puedes practicar cómo hablar más alto o vestirse de otra manera, incluso mentir de tal modo que ni siquiera se pueda considerar mentir, sino, más bien, una forma de ser. Por eso, lo mejor es centrarse en desear cosas y nunca en las consecuencias que éstas puedan tener.

A pesar de haber formulado todas esas oraciones y haber acudido numerosas veces a las iglesias de la ciudad, incluida la Basílica de San Pedro, que engulle a la gente hacia su belleza pasmosa y cuyo interior parece un amasijo de entrañas y huesos de una explosión de una manada de animales sobre el cual han rociado pan de oro y salpicado motas de pintura; aunque he creído en las cosas más imperdonables que un ser humano puede hacer en los brazos de Dios, Él nunca ha respondido a mis plegarias, a la petición de un ser humano, pero siempre ha querido todo lo que le ofrecía, la carne y los huesos y todo el espacio de la mente.

Cuando llegué a Italia, estaba seguro de que tendría un trabajo agradable, encontraría una pareja que me quisiera y formaría una familia por la cual daría la vida. Estaba seguro de que alguien me encontraría y detectaría todo el potencial que yo tenía que ofrecerle al mundo. Esperé y esperé, un año, otro y un tercero, a que esas cosas empezaran a suceder, a que alguien se diera cuenta de que era especial, pero las autoridades y los asistentes sociales no daban importancia a mis planes y deseos y se reían de mi sueño de estudiar Psicología en la Universidad de Roma, aunque les dijera que había leído muchas veces las principales obras de la profesión. «Deberías estudiar un oficio», decían. «Ni siquiera tienes el certificado básico de estudios. Aquí toda la gente de tu edad lo tiene y algunos hasta han estudiado en la universidad», argumentaban y me enviaban a reflexionar sobre mis limitadas oportunidades: una carrera en el sector de la construcción o de la atención al público, una vida que no habría sido notablemente mejor que aquélla que había dejado atrás.

Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que ya no me considero especial y siento que eso es lo peor que le puede pasar a una persona, pues es lo único que te puede hacer perder la pasión, que te puede llevar a creer en Dios. Te aferras al primer saliente que pillas y te resignas a tu destino; después de eso, puedes ver la luz, es decir, la escasa probabilidad de que la ausencia de derechos y posibilidades lleve a alguien a luchar por ellos.

Todos y cada uno de mis días en esta ciudad, en esas vidas, carece de objetivo y es indiferente; por ese motivo puedo tirar por el desagüe todos esos años que he empleado en el aprendizaje de idiomas y cosas nuevas. Lo más ridículo es que, durante toda mi infancia y mi juventud, me consideré

guapo, inteligente y con talento, un conjunto de cualidades con las que es imposible no tener éxito. Me resulta sencillo adquirir conocimientos. Nunca he temido al esfuerzo y siempre he disfrutado estudiando cosas que me suponían un reto; era tremendamente satisfactorio cuando resolvía una ecuación difícil. Nunca he dudado de mí mismo ni he cuestionado mi éxito futuro, ya que siempre he practicado tanto que me he convertido en el mejor en todo lo que me he propuesto.

Sin embargo, de algún modo, he acabado viviendo una vida que me hace pensar en la forma menos dolorosa de borrar-me del mundo y la realidad es que hay días en los que no me atrevo a abrir la boca ni para dar las gracias o desear una buena tarde; días en los que únicamente soy capaz de aparentar que sé hacia dónde me dirijo, que pertenezco a la imagen de la ciudad. Ésta no es mi vida; estos días no son los días de mi vida. No soy yo quien limpia las salpicaduras de orina y heces en los baños de los restaurantes y las cafeterías para que la persona que vaya al baño después de mí no piense que soy yo quien lo ha dejado en ese estado; no soy yo, es otro, un espectro que habita al borde de mis sombras.

* * *

Un día voy caminando por el centro de la ciudad, por Via della Minerva hacia la plaza del Panteón, en la Piazza della Rotonda, y el monumento, que queda a mi izquierda, parece un hombre albano encorvado. Las calles largas y adoquinadas me fastidian las piernas y me hacen dar pasos en falso y tambalearme como un ciempiés. Las hordas interminables de turistas se mueven por las calles de la ciudad como una corriente.

Siempre hace sol, las cafeterías están abiertas durante todo el día y los mocosos impacientes se apelotonan frente a los kioscos de helados como bolsas de basura en un vertedero asediado por el polvo.

No puedo respirar, ya que el aire se me acumula en la garganta como un ovillo húmedo, y el ruido incesante de la plaza interrumpe mis pensamientos y, cuando me pongo la mano en la mejilla húmeda y me rasco el sudor de la superficie con la uña, tengo la sensación de que se me desprenden capas de piel de la cara.

Camino hacia el otro lado de la plaza, lejos del gentío, y pienso en la conversación que mantiene la gente que está delante de mí. Lo poco que he podido entender de sus palabras siempre me ha parecido la proclama de un auténtico idiota. Pienso que, seguramente, hablan del mismo tipo de cosas que todos los demás. Alguien, puede que esa madre de familia que se aproxima a los cuarenta, cuenta que hoy hace un año que murió su madre y otra persona, una amiga de la misma edad, dice que se ha peleado con su pareja porque tienen opiniones diferentes sobre la disciplina de los niños; entonces lloran o se consuelan la una a la otra, piensan juntas en qué van a hacer a continuación, en cómo solucionar sus contratiempos.

Pienso que, para esta gente, es hora de lamerse las heridas, de traumatizarse para siempre por algo totalmente irrelevante. Tienen tiempo de reflexionar sobre el sentido de la vida día tras día, mes tras mes, año tras año; de pensar en lo que quieren hacer, qué tipo de profesión quieren estudiar, mientras en mi país los recién nacidos mueren de fiebre y desnutrición, los hombres mueren por balas de honor y las mujeres que escapan de su marido mueren a tiros por balas que

los propios hombres de su familia le entregaron a la familia del esposo durante la boda. Las entierran y así llega la mañana siguiente; nadie tiene tiempo para llorar por ellas, nadie se preocupa por algo así, porque nadie tiene tiempo de pensar más que en la comida de mañana y a nadie se le ocurre cuestionar si he acabado así porque mi padre murió cuando yo tenía dieciséis años o, quizá, porque mis padres se divorciaron cuando yo era pequeño, o porque hasta la edad adulta no me contaron que era adoptado. Cuando pasas hambre, piensas en cosas diferentes: en la grasa, la sal y el azúcar de la próxima comida; y cuando no consigues comida empiezas a imaginarte esa escena en la que te levantas de forma repentina, lo que hace que se te nuble la vista, y luego te desmayas y, finalmente, mueres de hambre.

¿Acaso los italianos son más felices que los albanos porque piensan en sí mismos y en sus sueños de un modo muy detallado, porque pelean entre ellos con sentimientos extremos? La pasión que los mueve en su día a día ni siquiera parece auténtica, sino más bien un intento de ocultar la realidad, y no saben quiénes son ni qué quieren, aunque se pasen toda la vida dándole vueltas a las mismas preguntas; preguntas que suponen la fuerza primitiva y la profundidad de su vida, algo que no puedo por menos que menospreciar.

Así que me vuelvo a poner en marcha, me estiro el polo de cuello vuelto apretado, me coloco el sujetador con relleno y me subo los pantalones cortos vaqueros que se extienden hacia la mitad del muslo. Observo a las mujeres bellas y esbeltas que caminan lado a lado, orgullosas con su vestido de verano, y siento envidia de ellas —de su nombre, Julia, Celia o Laura; de cómo caminan con los tacones; de su tono de voz y de cómo hablan como si no tuvieran una sola preocupa-

ción; de su capacidad de darles hijos al marido, el actual o el futuro—; envidia de cosas que yo nunca podré tener aunque dispusiera de toda la esperanza del mundo y aunque estuviera dispuesta a darlo todo por ellas. Sólo puedo obtener una copia de su vida, una fotografía en la que, a su lado, parezco igual, pero no lo soy en absoluto; una mentira en la que hay que confiar ciegamente.

Llego a Piazza Navona, una plaza alargada en la que hay tres fuentes decoradas con pomposidad y cuyo obelisco en el medio recuerda a una grácil mujer italiana. Esta plaza también está llena de turistas necios que arrojan monedas a las fuentes, aunque seguro que su deseo es algo completamente absurdo, como recuperar a su amor perdido o que su pareja les preste más atención. A pesar de ello, los entiendo, ya que, como dice la maldición, todos desean algo que no tienen y todos sienten que la ausencia de aquello que desean no podrá resistir la luz de un día nuevo.

Piazza Navona tiene el mismo aspecto que todas las demás plazas de Roma: alrededor del suelo de adoquines hay edificios en tonos blancos y en las callejuelas que hay entre ellos apenas cabe una persona sin sofocarse, pues están tan cerca unos de otros que toda la ciudad es una zona enorme de barracones. Las autopistas que la rodean son más bien alambradas de espino que mantienen a la gente dentro de una circunferencia e, inesperadamente, los edificios a mi alrededor parecen tener un tamaño fatal y las piedras bajo los pies me lamen las suelas de los zapatos como si estuvieran dispuestas a arrancarlas de un mordisco.

Logro aspirar una bocanada de oxígeno y continúo mi camino. Me caen gotas de los ojos como si fuera una manguera y, por un momento, creo que está lloviendo, pero en-

tonces me doy cuenta de que el día está despejado. Llego al Ponte Umberto I, desde donde miro por un instante a la derecha y a la izquierda: el castillo de Sant'Angelo, con aspecto de naranja podrida; personas haciendo fotografías de forma incesante; árboles verdes que han plantado a las orillas del río a lo largo de los caminos; el río Tíber, que fluye por debajo de mí, casi cubierto en niebla. Entonces cruzo el paso de peatones que lleva hacia Piazza dei Tribunal y continúo a lo largo de la lengua que forman los portones del palacio colosal, hacia un lugar en el que no hay pasos de peatones y los conductores se atreven a ir más rápido.

Echo un vistazo atrás y pienso que no necesito esperar mucho, pero transcurren varios minutos antes de que las ruedas de un coche suficientemente grande hagan que me tiemblen las orejas. Corro delante de él.

I

Tirana
1990-1991

Las canicas
Verano de 1990

Tengo catorce años; no soy demasiado joven, pero tampoco digno de que me tomen muy en serio. Voy caminando de la mano de mi padre, que huele a sudor, a través del centro de Tirana. Pasamos por la plaza Skanderbeg y el Museo Nacional de Tirana, en cuya fachada hay una pintura que muestra a un grupo de albanos vestidos con el traje nacional portando banderas albanas, armas y ballestas; llegamos a un cruce enorme y nos dirigimos de forma apresurada hacia la zona del bazar. A ambos lados de la calle, esos hombres de aspecto chamuscado han colocado mesas que se tambalean e intentan vender relojes falsificados, tabaco, coñac de Skanderbeg y otros cacharros inútiles: mecheros, artículos de decoración, armónicas e instrumentos varios, como *çiftelios* y *tupanes*.

Mi padre me lleva a rastras como a un perro desganado y yo miro hacia el bazar, que parece una alfombra multicolor enorme bajo la cual han empujado con la escoba a los vende-